

Saludo del Embajador de Chile en Austria, Sr. Mario Fernández Baeza, pronunciado en el acto de homenaje a Salvador Allende Gossens, celebrado ante el busto del Ex Presidente de Chile en el Parque Danubio de Viena el 6 de septiembre de 2014.

Es para mí un honor participar en este acto de homenaje al Ex Presidente constitucional de Chile, Dr. Salvador Allende Gossens. Es un honor como Embajador de Chile y es un honor como ciudadano chileno. Por lo tanto, quiero iniciar mi saludo agradeciendo a los organizadores por esta invitación, extendida no sólo para estar presente en este homenaje, sino también para hacer uso de la palabra.

Estamos cerca de recordar los 41 años del Golpe de Estado que derrocó al Presidente Allende y que ocasionó su heroica muerte en el Palacio de la Moneda. Y mientras más lejos se encuentra esa trágica hora de la historia de Chile, más objetiva se torna la interpretación de los hechos, y más crece transversalmente la figura de Salvador Allende como líder político, como luchador social, como estadista y como ejemplo de consecuencia entre sus convicciones, sus palabras y sus actos.

Desde su elección en 1970 y especialmente desde su muerte, Allende se convirtió en una figura de talla internacional, que sobrepasa las fronteras ideológicas y políticas. Qué duda cabe. Pero, también en Chile, el respeto por la figura de Salvador Allende ya excedió la de sus compañeros de partido o de los adherentes de la Unidad Popular. También ha superado las brechas generacionales, extendiéndose a quienes nacieron después de su muerte. En verdad, Allende ha pasado a ser una figura respetada por la enorme mayoría de los chilenos, sin distinción de banderías políticas y doctrinarias y del acuerdo o desacuerdo con lo que representó su gobierno. Así se pudo constatar en el país en septiembre del año pasado al conmemorarse los 40 años del Golpe de Estado.

Como tantas veces ocurre en la Historia, la porfía de la realidad se ha impuesto por sobre las imágenes y los mitos, y Salvador Allende ha pasado a

ocupar el sitio indiscutido que le corresponde en nuestra historia patria, más allá de los diferentes juicios sobre la crisis de nuestra democracia a partir de fines de los años sesenta, de la larga dictadura que le sucedió, y de la fatigosa recuperación democrática desde 1990.

Por eso, este homenaje es tan justo como simbólico. Desde luego, en primera línea, es el homenaje de sus compañeros de lucha, que han vivido la prisión y el exilio, y de sus familias que han visto crecer hijos y nietos lejos de Chile. Por otra parte, es el homenaje de personas e instituciones austríacas, que junto a la admiración por el Presidente Allende, han brindado solidaridad por décadas a su causa y a las víctimas de la dictadura. Pero, también, es el homenaje del Estado, del Gobierno y del pueblo de Chile, sin distinción, que en su nombre está rindiendo el Embajador que habla.

Digo que este es un homenaje simbólico, porque junto a su compromiso por la dignidad y por los pobres, y a encarnar una coalición política que lo apoyó en su gobierno, Salvador Allende también fue un chileno como todos, amante de su Patria como un lugar digno para vivir y para ser construida, día a día, por todos sus hijos. Justamente ese es el mensaje que quisiera transmitir en esta mañana vienesa junto al busto de Salvador Allende. El sueño de que nuestro Chile sea alguna vez un lugar de justicia, de prosperidad y de paz para todos sus habitantes. Un país de todos y para todos. Ese también fue un sueño de Allende.

Señoras y señores,

Un país digno de sí mismo, es aquel que junto con enorgullecerse de sus gestas y de sus virtudes, no teme mirar de frente sus fracasos y vergüenzas. Por eso, la memoria debe cultivarse con los hechos tal como fueron, y las personas deben juzgarse con sus virtudes y faltas. Hoy nos convocamos para rendir homenaje a un gran chileno, un líder y un luchador, que fue médico, ministro, senador y Presidente de la República. Pero que, por sobre todo, fue un buen hijo de su Patria y que ofreció su vida por ella.

Muchas gracias.